



Vista Desde Caracas: Anarquía, Pobreza e Incertidumbre en Venezuela

February 15, 2018 • by Margarita Lopez Maya

En Venezuela se continúa luchando por revertir el proyecto autoritario y totalitarista de Nicolás Maduro. Con los procesos electorales de 2017, la Asamblea Nacional Constituyente (ANC) y las elecciones de gobernadores y alcaldes, Maduro y la cúpula militar-civil que lo apoya se hicieron con un control sólido del aparato del Estado. Dichos procesos fueron tramposos, realizados sin cumplir las normas legales ni garantizar condiciones de competitividad y transparencia democrática. Además, no existe arbitro nacional con disposición efectiva para investigar o revocar esos resultados. Aprovechando la frustración y las tensiones entre ciudadanos y líderes políticos opositores, y utilizando a la ilegal e ilegítima ANC, Maduro ha convocado este enero, anticipada e inconstitucionalmente, a elecciones presidenciales. Ya se autoproclamó candidato.

Ciudadanos Venezolanos cruzan hacia el Norte de Santander, Colombia en Febrero 10, 2018.
(GEORGE CASTELLANOS/AFP/Getty Images)

Mientras Maduro demuele los últimos vestigios de la institucionalidad democrática venezolana, el país sigue hundiéndose en una crisis socioeconómica catastrófica. La comunidad internacional ha activado sus alarmas y viene presionando para que el gobierno vuelva al hilo constitucional y atienda lo que ya es una crisis humanitaria. Miles de venezolanos huyen a diario por las fronteras, amenazando la estabilidad de países vecinos. Para mayores males, los intereses de las grandes potencias, EEUU, Rusia y China, también añaden a la tragedia, debido a su disputa por los cuantiosos recursos mineros del territorio venezolano.

El horizonte se avizora lleno de incertidumbres. Maduro se siente fuerte; ha venido neutralizando a sus rivales internos y ha sembrado cizaña entre sus opositores políticos mediante hábiles movidas de garrote y zanahoria, persecución y negociación, que los confunden y dividen. Sin embargo, la sociedad no ha dejado de luchar. Entre abril y julio del año pasado el Observatorio Venezolano del Conflicto Social registró en promedio más de 55 protestas diarias. La respuesta oficial fue una brutal represión que dejó más de 140 muertos. La protesta política cedió, agotada y espantada, pero la aguda carestía de alimentos y medicinas continúa incitando revueltas y saqueos diarios a bodegas, almacenes y camiones con alimentos. Venezuela sufre de anomia. Tiene la tasa de homicidios más alta del planeta. El gobierno, con la excusa de proteger a la población, entra a barrios populares de noche y, sin orden judicial, allana viviendas supuestamente persiguiendo delincuentes. Las denuncias de violaciones a los derechos humanos se cuentan por cientos. Esta política del terror la llaman Operación Liberación del Pueblo.

Enero se estrenó con un operativo policial, militar y paramilitar, que acabó con la vida de siete rebeldes en armas. Oscar Pérez, piloto y ex oficial del Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas (CICPC), junto con otros seis compañeros, la mayoría civiles, fueron acorralados y asesinados en la periferia de Caracas. Las evidencias forenses — tiro en la cabeza de todos — insinúan ejecuciones extrajudiciales. Pérez transmitió 14 videos donde narró el asedio, su rendición, una negociación truncada y el ataque final del gobierno con granada y armas de guerra.

Con este escenario de fondo, en los meses inmediatos todo pareciera indicar que Venezuela seguirá su camino al abismo. Maduro — ya un dictador — se ha consolidado como el jefe continuador del proyecto chavista. Sus delegados a la Mesa de Negociación, continuada este enero en República Dominicana, exigen a la parte opositora el reconocimiento a la espuria ANC y amenazaron con proseguir con las elecciones presidenciales fuera de tiempo y bajo sus arbitrarias reglas. El Consejo Nacional Electoral es apenas un brazo ejecutor de la voluntad del presidente. Estas condiciones son inaceptables para las fuerzas democráticas opositoras.

A Maduro y su entorno civil-militar no pareciera importarles los costos políticos de su creciente condición autoritaria, militarista, delincencial y corrupta. Pese a su comprometida situación financiera, a la atroz condición socioeconómica del país y a su aislamiento internacional, ceden en nada. Apuestan a su férreo control sobre la población con una estrategia que combina represión con clientelismo sustentado en el Carnet de la Patria y los Comités Locales de Abastecimiento y Producción (CLAS), que distribuyen dinero y cajas de alimentos a precios subsidiados. Refuerzan esta estrategia con políticas comunicacionales que inculcan el terror.

Sin cambio político, continuará el sufrimiento de la población. La hiperinflación pulveriza los salarios, haciendo que la población dependa de las dádivas repartidas por Maduro y sus militares. Servicios públicos básicos como electricidad, agua y seguridad seguirán rumbo al colapso. Los jóvenes continuarán huir del país. Por ahora, no parece avizorarse la posibilidad de que se conforme un fuerte bloque opositor capaz de dirigir el descontento social para sacar al país de su autodestrucción.

Sin embargo, cuesta imaginar que la situación actual pueda prolongarse en el tiempo sin socavar las bases de sustentación del régimen de Maduro. Hay en la aguda penuria de millones de personas, así como en la violencia que asola hogares de toda condición social, una situación explosiva que hace impredecible el futuro inmediato. El firme apoyo de organismos interamericanos e internacionales a las fuerzas democráticas, así como la existencia de una sociedad civil y política democrática interna, debilitada más no vencida, siguen horadando la aparente cohesión del bloque de dominación. La perseverancia de estos actores sería decisiva para la Venezuela democrática.

Una transición política podría ocurrir en los próximos meses si el bloque de dominación se fracturara. O dicha transición pudiera ser producto de un golpe militar, en cuyo caso las esperanzas de democratización estarían en ascuas. O pudiera, gracias a la presión internacional y nacional, ser fruto de negociaciones entre fuerzas gubernamentales y opositoras, facilitando una agenda acordada de vuelta a un régimen de libertades. Pudiera también ocurrir que las elecciones presidenciales ya anunciadas, por ser desiguales y amañadas, terminen por disparar una crisis política.

El desafío que entrañan estos escenarios está claro: los demócratas han de estar listos y unidos desde ya en una dirección política para ser capaces de aprovechar la oportunidad. Articulados entre sí, partidos, movimientos y ciudadanos deberán estar claros en los pasos inmediatos, tanto para salir de la dictadura como para remontar la emergencia humanitaria que hoy sufre la población.

Margarita López Maya, licenciada en historia y doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Central de Venezuela. Profesora titular (jubilada) del Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) de la UCV.

by Margarita Lopez Maya
